

Unas piedras y un poema

Había una vez... un mundo donde la mayoría se moría de hambre mientras la minoría subvencionaba la disminución de la producción de alimentos para mantener los precios de mercado...

Piedra I: La Muralla

Propongo levantar una muralla que nos separe del resto del mundo; de una extensión y altura que sea vista desde el cielo –para que entiendan de lo que somos capaces–.

Deberá esta muralla, rodear toda la Europa continental que integra la Unión Europea, incluyendo Suiza –por los bancos, claro–.

Toda comunicación exterior será evitada.

Viviremos felices, sin problemas de inmigraciones, ni tragedias, ni hambre, ni pobreza; y no nos enteraremos de que existen desigualdades en el planeta.

En dos o tres generaciones, nadie sabrá el significado de esas palabras, habrá que quitarlas de los diccionarios.

Pasados los primeros años –donde probablemente los sentimientos nos jueguen alguna mala pasada–, cuando hayamos matado al arrepentimiento y la vergüenza, cuando seamos capaces de mirarnos el uno al otro, y también al espejo sin darnos asco... Ahí, precisamente en ese momento, estaremos en condiciones de lucrar con la visita guiada al exterior de la muralla.

Creo adivinar la visión sorprendida y curiosa de los turistas de turno frente a semejante espectáculo. Seguramente el aire estará viciado de cenizas humanas, la muralla mostrará las huellas de uñas que horadaron la piedra centímetro a centímetro en busca de cobijo. El virus Ébola, o alguno similar, satisfecho, gordo y civilizado será inofensivo para nosotros –ya que sólo ataca a la raza humana–.

Comprobaremos, poco a poco, que el mundo está desierto. Sólo nosotros y nuestra cultura –¿ha existido alguna otra?– para extender nuestras vigorosas apetencias.

La emigración será, entonces, justa, necesaria y beneficiosa. Podremos recuperar nuestro pasado de conquistadores, nuestro afán evangelizador. Nuevas bulas y requerimientos serán dictados para santificar nuestros viajes. El libre albedrío será el protagonista principal de esta nueva gesta.

Llevaremos “la palabra” alrededor del globo. Será, eso sí, una palabra etérea, inaudible. Una palabra carente de sentido, vacía de Dios, quien estará ausente, lejano en el espacio, horrorizado en el tiempo.

Piedra II: El puente

Existen otras posibilidades. Se han llamado Jesús, Pedro de Alcántara, Gandhi o Madre Teresa –hay muchos más, incluso ya sin nombre–. Son un camino. Recorrerlo exige esfuerzo, solidaridad, tolerancia, humildad y capacidad para dar y recibir.

Esta propuesta consiste en construir un puente.

Un puente sólido y firme que permita caminar sobre las aguas.

Como todo camino, tendría ambos sentidos y permitiría el intercambio, el conocimiento mutuo, el enriquecimiento bilateral.

Si optáis por esta propuesta no podréis seguir las leyes del mercado –los códigos a respetar son distintos–.

Lo primero es tener claro que Dios no puso límites al hombre para andar la tierra; lo segundo, es no acumular, sino repartir.

El puente nos permitiría dejar de creer que somos el centro del planeta.

Al darnos paso, conoceríamos tierras más pobres en recursos técnicos, pero más ricas en materias primas. Podríamos intercambiar, pero sin establecer patrones de sometimiento económico ni cultural.

Se trata de ayudarnos, de colaborar.

Dentro de esta propuesta no hay que consumir para mantener el mercado laboral. No se trata de cambiar el auto, el televisor y el frigorífico cuantas veces sea posible.

En realidad, se trata de entender que el 80% de la población mundial vive en niveles de pobreza. Que aún habitando en países extremadamente ricos en recursos, sus habitantes son pobres porque no pueden explotarlos –y porque cuando pueden, o no se los compramos o les ofrecemos precios de hambre–.

El puente exige sacrificio, enseña a conocer y tolerar otros olores, otros colores, otros paisajes, otras comidas, otras religiones, otros ritmos...

El puente permite enterarse que a pocos kilómetros de nuestras casas la gente tiene una esperanza de vida de 46 años y que los virus del Sida y el Ébola nacen (y procrean) en el corazón de la miseria.

Habéis leído ambas propuestas, podéis elegir con libertad.

Tanto para la muralla como para el puente hacen falta piedras. Unas en alto, otras en largo...

Vosotros podéis escoger.

Mi pedido, es que no sigamos así. Que nos mojemos. Que no creamos que el 0,7% del PBI soluciona el problema –aunque es un buen comienzo–.

Que ampliemos el ángulo de la mirada y dejemos al corazón crecer dentro del pecho.

El poema: a un niño de Ruanda

No puedo recorrer el camino que se inicia en tu mirada.

Me aterra, me paraliza, sólo pensar dónde termina.

Me apena, me desconcierta, que tengas –¿cuántos?–

dos añitos...

y toda la maldad del mundo te enseñe su tragedia.

Te vi, como todos estos días, una vez, y quedaste vivo en mi memoria.

La violencia de la imagen buscó mi mano

para que la poesía contara la barbarie.

Hay muchas miradas que guardan una vida,

las hay que lo han visto todo.

¿Qué pueden haber visto tus ojos, pequeño?

... si apenas has vivido...

¿A qué has venido? ¿quién te ha enviado?

Te irás en breve desde la tristeza sin haber conocido la risa y la alegría.

Te irás ya mismo desde la miseria con tu pequeño corazón acongojado.

Nunca sabrás que cerca del cuerpo de tu madre muerta.

millones de seres como tú –¿como tú?– luchamos diariamente por un mejor nivel de vida,

por cambiar el auto más seguido, por una inflación del tres por ciento y por fronteras cada día más herméticas.

Nunca subirás a una mountain-bike ni tomarás sprite sobre un camello ni lavarás la ropa con lejía ni serás miembro vip de una tarjeta gold.

La vida, pequeño, es para ti un bien escaso.

Nunca podrás besar a una morena, enamorado,

ni sentirás tu corazón desbordado latir dentro del pecho.

Nunca despertarás una mañana de verano feliz,

después de haber amado hasta el cansancio.

La vida, pequeño, se te escapa.

Nunca verás a un hijo tuyo salir, buscando el sol, del vientre de tu amada.

Nunca podrás llevarlo a la escuela de la mano.

La vida, pequeño, ya se ha ido.

No serás nunca viejo y sabio.

No lograrás nunca alcanzar el cielo.

Te han dejado sólo el infierno, pequeño,

sólo el dolor.

No sé cómo recorrer el camino que se inicia en tu mirada ausente.

Pequeño como eres, eres lo más triste que nunca había yo antes visto.

Eres la prueba viva del horror humano del hombre devorando al hombre.

Mañana será día de sol en estas tierras –siempre hay sol en esta época, pequeño–

Tu cuerpo diminuto se habrá fundido con la tierra.

Yo echaré a andar, silencioso como siempre.

Mirando al cielo con fiereza, como nunca.

LA GUINDA

DSM

Ángel Paz Rincón

Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales.

Es un manual que cada edición amplía su número de páginas. A más salud, más enfermedades. Recientemente se ha admitido el mobbing (ámbito laboral) y el bullying (ámbito escolar) como patologías.

A partir de los 60, el boom posmodernista pone en crisis los sistemas represivos carcelarios, psiquiátricos... y exige una mayor atención a las necesidades afectivas, emocionales del sujeto. La psicología, que desde la burguesía vienesa del XIX, venía conquistando el universo subjetivo, encuentra el momento oportuno para enarbolar su polifacética bandera.

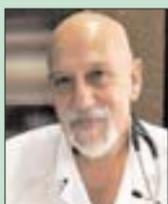
El trabajo, la escuela, son y han sido lugares donde la violencia ha estado presente: condiciones laborales, hurto de la plusvalía, exámenes eliminatorios, disciplina... son algunos ejemplos.

Ahora, cuando aparece una tragedia, la angustia, el nihilismo existencial... aparecen los charlatanes de turno ofreciendo falsas promesas. Antes el obrero se refugiaba en la lucha colectiva y el estudiante en los recursos de una vida picaresca. Ahora todo el mundo debe tener un terapeuta en la cabecera de su cama dispuesto a interpretar sus sueños, velar su insomnio y orientar su conducta.

No queremos justificar los daños que causan los ejemplos anteriores. Sabemos que existen y pensamos que hay que poner las condiciones para evitarlos, pero desde el derecho, desde lo colectivo/universal; no desde la psicología, desde lo subjetivo/individual.

En muchas ocasiones, la aceptación incondicional de estas novísimas enfermedades consigue debilitar/culpabilizar al sujeto, ocultar la dureza del mundo laboral, pasar por alto el carácter eliminatorio que tiene el sistema obligatorio actual, enriquecer al pica-pleitista oportunista y, de paso, entretener algunos sindicalistas despistados.

Pero, definitivamente, el mobbing existe, no hace falta más que pensar en las condiciones laborales de los niños asiáticos que trabajan para las multinacionales de los deportes de élite.



Daniel Fernández Bergés

Médico